



Feminismos, memoria y resistencia en América Latina

Tomo 3

Rebeliones, resistencias y transformaciones

Araceli Calderón Cisneros
Ana Gabriela Rincón Rubio
Velvet Romero García
(coordinadoras)

Feminismos, memoria y resistencia en América Latina

Tomo 3 Rebeliones, resistencias y transformaciones

Araceli Calderón Cisneros
Ana Gabriela Rincón Rubio
Velvet Romero García
(coordinadoras)



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

305.42

F45

Feminismos, memoria y resistencia en América Latina / Coordinadoras Velvet Romero García, Araceli Calderón Cisneros y Ana Gabriela Rincón Rubio. — 1a. ed. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2022.

3 tomos: 17x23 centímetros. Formato digital.

ISBN obra completa: 978-607-543-160-4

ISBN tomo 3: 978-607-543-162-8

Tomo 1. La experiencia de las mujeres en revoluciones, levantamientos guerrilleros y conflictos armados. — Tomo 2. Narrar para no olvidar: memoria y movimientos de mujeres y feministas. — Tomo 3. Rebeliones, resistencias y transformaciones.

1. Feminismo - Movimientos sociales. 2. Feminismo - Historia - Género, etnicidad, migración y cultura. 3. Feminismo - Lucha - Vida cotidiana.

I. Calderón Cisneros, Araceli, coordinadora. II. Rincón Rubio, Ana Gabriela, coordinadora. III. Romero García, Velvet, coordinadora.

Primera edición: julio de 2022.

D.R. © 2022, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1 Av. Sur Poniente 1460

29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

www.unicach.edu.mx

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Calle Bugambilia 30, Fracc. La Buena Esperanza

29243, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

Tel.: (967) 678 6921, ext. 106

www.cesmecca.mx

editorial.cesmecca@unicach.mx

ISBN obra completa: 978-607-543-160-4

ISBN tomo 3: 978-607-543-162-8

Cuidado de la edición: María Isabel Rodríguez Ramos (español)
y Alejandro Reyes (portugués).

Diseño de portada: Ana Gabriela Rincón Rubio.

Foto de portada: Noé Pineda Arredondo.

Fotos de interiores: Noé Pineda Arredondo y Antonia Alinne Costa de Oliveira.

Diseño de interiores y diagramación: Irma Cecilia Medina Villafuerte.

Este libro ha sido dictaminado por pares que garantizan la calidad, actualidad y pertinencia del libro, de acuerdo con los procedimientos de calidad editorial del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

Índice

| | |
|--|----|
| Prólogo | |
| Martha Patricia Castañeda Salgado | 7 |
| Introducción | |
| Rebeliones, resistencias y transformaciones de las mujeres en América Latina: aportando y enriqueciendo los feminismos del sur desde la praxis | |
| Araceli Calderón Cisneros | 15 |
| Parte I. Transformaciones y disputas en las narrativas feministas de Abya Yala | 33 |
| "Meu corpo, minhas regras" ou "Nosso corpo, nosso território"? Disputas de narrativas a partir dos feminismos em Abya Yala | |
| Tereza Rafaella Cordeiro Maciel | 35 |
| La potencia inventiva en la organización de las luchas feministas y de mujeres en Abya Yala | |
| Emma Baizabal | 65 |
| Parte II. Escenarios de lucha y resistencia de mujeres en Abya Yala | 83 |
| La Marcha de los Turbantes: mujeres y diásporas de resistencia | |
| Carolina Mosquera Vera y Juliana Robles Gómez | 85 |

| | |
|--|------------|
| De la crisis global de los cuidados a la erosión de los comunes entre mujeres indígenas trabajadoras del hogar: pensar a la luz de la historia de vida de Lorenza Gutiérrez Anabel Yahuitl García y Lorenza Gutiérrez Gómez | 111 |
| Feminismo sin feminismos: la lucha del Colectivo de Concertación contra la Violencia de Género en Villa El Salvador, Lima, Perú Violeta Talaverano Sánchez | 131 |
| Parte III. Resistencias de mujeres y feministas desde la tierra-territorio | 159 |
| As mulheres camponesas e a agroecologia em áreas de Reforma Agrária do Brasil: contribuições para o feminismo camponês e popular Patrícia Neto | 161 |
| Las Mujeres Sin Tierra del MST, la lucha por y en la tierra, y la construcción del Feminismo Campesino y Popular Lia Pinheiro Barbosa | 183 |
| Marcha das Margaridas: atuação e formação política das mulheres camponesas Ydávila Vasconcelos Martins | 219 |
| Sobre las autoras | 251 |
| Agradecimientos | 259 |

La potencia inventiva en la organización de las luchas feministas y de mujeres en Abya Yala

Emma Baizabal

Introducción

En el presente ensayo se hace una reflexión especulativa sobre las posibilidades inventivas en los ejercicios de resistencia feministas y de mujeres en una región denominada Abya Yala (Carrera y Ruiz, 2016); específicamente se hará referencia a las mujeres del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México. Nos interesan los modos en que se articulan las luchas en el horizonte de una construcción de otros mundos posibles, así como los proyectos que buscan posicionarse contra la continuación de un régimen colonialista, extractivista y patriarcal que no ha dado tregua a regiones enteras.

Lo que se intenta en este escrito no es un simple ejercicio de visibilización, pues estas luchas han sido más que visibilizadas y no se pretende otorgar ningún lugar de enunciación porque de sobra es sabido que las mujeres a las que nos referiremos han ganado ellas mismas ese lugar; lo que interesa es movilizar el pensamiento y la acción para avanzar hacia la construcción colectiva del conocimiento desde lugares no hegemónicos.

Por un lado, se mapearán los modos en que las mujeres del EZLN movilizaron la lucha política, en la cual los puntos clave, más que determinarse por una cuestión geográfica, se concentran a partir de articulaciones organizacionales y de propuestas políticas colectivas concretas. Por otro lado, se busca conceptualizar tales apuestas para analizar de qué manera se trata de ejercicios potentes en términos inventivos que no solo sirven como

casos históricos de análisis, sino que dan pistas sobre las posibilidades de organizaciones futuras en otros contextos. Lo que se busca, en último término, no es definir modelos replicables sino conceptualizar las potencias inventivas que muestran estos ejercicios de resistencia y lucha, en donde la participación de las mujeres, desde la comprensión de su experiencia particular, opera y modifica las mismas estructuras de despliegue de resistencias generales o universalizables.

Mapear estos modos de proceder de la acción política feminista y de mujeres en nuestro continente tiene como fin reconocer y conceptualizar la diversidad operativa en la que se ha expresado la organización. Querriamos avanzar la idea de que la invención puede ser comprendida como vinculación colectiva y productiva que se concreta en formas particulares de organización. Esta idea puede ayudarnos a rescatar directrices políticas útiles para conceptualizar los modos en que se produce la colectividad y para reconocer la organización de aquello que llamamos “la experiencia particular de las mujeres”, sin adentrarnos en los senderos insondables de la definición apriorística de la categoría “mujer”.

Lo que se busca con esta noción de invención es reconceptualizar una diversidad de procesos que se accionan antes de la determinación general de la categoría “mujer” y de la comprensión de la “experiencia de las mujeres” por negación o descarte. Creemos que esta noción ayuda a dar cuenta de la potencia operativa que tiene como meta resolver los conflictos en los que se encuentran ciertas experiencias y a partir de las cuales se conforman grupos colectivos que se posicionan en el espacio político según ciertos mecanismos como son las tecnologías de la memoria.

Así, en el primer apartado se identifica el lugar de la lucha de las mujeres en relación con los feminismos y se reconoce la particularidad de la organización de la experiencia de las mujeres zapatistas. El segundo apartado se centra en la noción de tecnología que rodea los mecanismos de construcción de memoria, así como de organización política, y se abre el espacio para concebir esta última desde su potencialidad inventiva. Para concluir, las reflexiones finales tienden un puente para mirar la potencialidad inventiva y cómo esta conceptualización permite colindar el ámbito tecnológico y político.

Luchas de mujeres y posiciones feministas

Si bien se piensa que ha sido el feminismo la fuente de innovación social y cultural en el mundo contemporáneo (Lagarde, 2005:30), es cuestionable que toda lucha de mujeres deba o pueda ser abanderada bajo esta categoría. Aunque muchas mujeres han encontrado en la etiqueta feminista visibilización, escucha y convocatoria suficientes para cuestionar los mecanismos y estructuras que ponen ciertos cuerpos sobre la línea de fuego (Guzmán, 2019), también es verdad que hay muchas posturas que reclaman el ejercicio de su libertad, agencia y expresión propias desde otras concepciones del mundo. El feminismo, como bien critican pensadoras descoloniales, ha llegado a esconder dinámicas colonialistas (Aguilar, 2019), racistas y clasistas (Espinosa, 2016).

En este sentido, la interseccionalidad es un posicionamiento que complejiza de maneras concretas las exigencias que se enuncian solo desde la concepción de la identidad genérica. Se trata de una estrategia de reconocimiento de los múltiples entramados en los que se encuentran las vivencias particulares de las mujeres, donde se evidencian las dinámicas racial, de clase y en torno a la orientación sexual, entre otros factores. Este posicionamiento ha mostrado ser uno de los estandartes desde los cuales se ha articulado un lugar político para la lucha de las mujeres como estrategia de resistencia (Crenshaw, 1991).

Sin embargo, esta propuesta, caracterizada por ser una práctica concreta que busca defender a las mujeres desde la particularidad experiencial frente al complejo sistema jurídico-estatal, no ha estado exenta de críticas. Feministas descoloniales también la consideran un mecanismo más de multiculturalismo neoliberal (Curiel, 2015) por cuanto extiende las categorías diferenciales hasta la especificidad única e indivisible de cada mujer. Al hacer de dichas experiencias una mercancía identitaria que puede ser resumida en las cuotas de inclusión, la creación de herramientas que posicionen alianzas en común se ve limitada o imposibilitada.

Ante el debate, podríamos conceder que el feminismo ha ido forzando sus propios límites a la hora de mostrarse como articulador accesible, específicamente cuando se concentra en la definición del sujeto político entendido en la abstracta categoría de mujer. Quizás ha sido a partir del proceso de institucionalización que ha sufrido, razón por la cual no es posible dejar de nombrarlo en singular a pesar de reconocer la pluralidad efectiva de sus apellidos —feminismo descolonial, poscolonial, negro, chicano, lésbico,

etcétera—, que tal movimiento ha perdido cierto poder de convocatoria fuera de la academia y hoy por hoy se encuentra hegemonizado en los gobiernos que se asumen de centro-izquierda. Después de todo, ¿qué sucede con un movimiento que es socavado y reabsorbido por el sistema al que resiste?

No es de nuestro interés participar del sepultamiento de un movimiento cuya historia y diversidad genealógica todavía interpela discusiones y conflictos. Al contrario, para continuar con la propia resistencia, más que un movimiento abstracto instanciado en una categoría que nos haga olvidar los cuerpos y experiencias en disputa, habría que pensar los trazos simbólicos y materiales que se entrecruzan, se articulan y operan significativa y funcionalmente para salir de la tensión que el sistema mismo genera.

Ya sea que se conciba la lucha de las mujeres en el interior del diálogo concreto sobre inequidad genérica ante las condiciones de vida, salud, trabajo, acceso a la educación, labores de cuidado y reproducción, ya que se trate de la participación significativa de mujeres durante los movimientos revolucionarios y guerrilleros, o que en cambio se trate de la participación reducida que solo tiene sentido tras los desarmes, lo cierto es que la confluencia de las luchas de mujeres se ha dado en todos los contextos latinoamericanos y de Abya Yala que han sufrido cambios políticos y sociales radicales.

Esto es de interés porque nos preguntamos: ¿cómo se genera la experiencia de las mujeres en la lucha?, ¿cómo se producen colindancias entre diversas experiencias de vivir y encarnar el ser mujer?, ¿de qué formas se expresa la conformación solidaria de una red colectiva que produzca mayor significación que restringirse a una determinación categorial como el “ser mujer”?, ¿qué dinámicas y encuentros se desarrollan en las experiencias compartidas que hacen frente no solo en la resistencia, sino frente a la resistencia misma puesto que esta sigue produciendo y reproduciendo jerarquías que delimitan los márgenes de acción?, ¿cómo y desde dónde se produce una nueva experiencia, otro modo de configurar relaciones que ya se sienten viciadas?

Pensamos que estas preguntas nos movilizan fuera de la delimitación analítica de qué hace a una mujer, y en cambio nos proyectan hacia el reconocimiento operatorio y funcional en el que se insertan ciertas experiencias que inspiran a repensar el campo inventivo en el que lo posible, lo otro posible, se hace realidad. Estas preguntas buscan seguir el sentido otorgado por el reconocimiento de las posibilidades creadas ahí donde los ejercicios de resistencia no se conforman con el despliegue de las mismas

jerarquías en otros cuerpos, sino que problematizan la existencia misma de dichas jerarquías y ponen el acento en la producción de redes de sentido, significantes, valores y materiales que apuntan lejos de la experiencia conocida.

Uno de los casos a los que nos interesa acercarnos para repensar los términos en los que se dan estas experiencias inventivas en el interior de los movimientos guerrilleros es el caso de las mujeres en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). En ese sentido, los trabajos de investigación y diálogo que ha llevado a cabo Mariana Mora sirven para echar luz sobre cómo se han dado estas interacciones. Como dice la autora, no se trata de generar un conocimiento propio a partir de una experiencia que se visualiza subordinada, sino de propiciar momentos de identificación-desidentificación (Mora, 2011:255). Esto es lo más cercano que tenemos ahora para andar un camino de sentido que, si bien no ha sido trazado para nosotras, puede echar luz sobre los modos en que nos es cercana la pregunta por la colindancia, la coalición y la estrategia en común.

En ese sentido, una reflexión solidaria que busque reconocer la lucha política comprometida de las mujeres zapatistas tendría que pasar, en primera instancia, por el reconocimiento de las comandantas Ramona y Ester y la mayor Ana María, mujeres indígenas comprometidas con la movilización insurgente, pero principalmente con el lugar de las mujeres en la lucha (Pacheco, 2019:67). Mujeres decididas que lograron abrir espacios en la organización misma para que más mujeres intervinieran en el proceso que no siempre supo reconocer la singularidad de su circunstancia, para que hicieran valer sus condiciones efectivas de vida y lucha. Estas mujeres supieron responder a las inquietudes que atravesaban y afligían sus cuerpos y sus roles, no solo desde su calidad de madres, de agentes reproductores de la vida, sino ante las posibilidades que se abrían para las niñas y jóvenes en su calidad de vida completa. Identificaron el proceso de despojo en el que viven las mujeres indígenas por hallarse igual que los hombres indígenas, no solo desplazadas y expropiadas por el colonialismo y el estadismo, sino por sus mismas comunidades. Así, comprendieron pronto la importancia que tenía su participación concreta y situada para levantarse como mujeres dignas de valía en el interior de un movimiento que era mucho más amplio que ellas. Mujeres que no solo se comprometieron con la lucha armada, sino con la salud, la educación, la comunicación y, en general, la política en un sentido

amplio que les diera mejores accesos y más respeto, consideración hacia sus necesidades y reconocimiento de las condiciones de desigualdad de las que venían y que tenían que ser transformadas.

Como bien cuenta Pacheco (2019:70), fueron Ramona y Ana María las primeras mujeres en subir a la montaña para integrarse al grupo de los zapatistas en el año 1994; fueron las primeras que se hicieron presentes, convocando a mujeres de todas las comunidades, compartiendo su experiencia, fortaleciendo los lazos de apoyo y lucha para que más mujeres y jóvenes se sumaran a la construcción de una alternativa, de “un mundo donde cupieran otros mundos” (CCRI-CGEZLN 1996).

Estos otros mundos tendrían que contar no solo con una suma de naciones indígenas convocadas a lo ancho de todo el territorio llamado mexicano, sino también con la colaboración de mujeres, jóvenes y niñas, desde donde se vehiculizan otras maneras de comprender el cuerpo, las relaciones y los ejercicios de resistencia mismos. Así, fue en principio en la Ley Revolucionaria de las Mujeres donde se instauró formalmente la incorporación de las mujeres a la lucha revolucionaria (EZLN, 1993).

Fue precisamente en uno de estos devenires de otro mundo, en 1997, cuando se celebró el Primer Congreso Nacional de Mujeres Indígenas en Oaxaca. En él, en la voz de la comandanta Ramona se dejó oír uno de los fuertes latidos de la consciencia de las mujeres en el interior del terreno de disputa: “Nunca más un México sin nosotras. Nunca más una rebelión sin nosotras. Nunca más una vida sin nosotras” (Marcos, 2010:85).

Este llamado ha seguido haciendo eco, ruido y arma en cada una de las siguientes ocasiones en que las mujeres han encontrado en los caracoles zapatistas¹ un lugar seguro de reunión, escucha y articulación política; es un llamado que no tiene como fin una jerarquía pedagógica, sino que comprende lo mejor posible las maneras en las cuales ciertas experiencias se comparten, aún en sus diferencias, y buscan estrategias en común para actuar y crear.

Esta aseveración sigue calando, hoy por hoy, en las luchas que se extienden más allá del territorio geográfico zapatista. Más importante aún, ni la expresión es una metáfora ni apela a la simple representación. Más que un eco que resuena en otras geografías, se trata de una chispa que termina por

¹ Los caracoles son las regiones organizativas en las que se dividen las comunidades zapatistas (González Casanova, 2009).

dinamitar dispositivos de alianzas, de organizaciones, de marchas, de espacios de aparición no solo de la palabra, sino del cuerpo entero. Es, finalmente, un gesto que sigue operando en cada una de las nuevas estructuras por venir.

La consigna que hacía vibrar la comandanta Ramona en cada una de las movilizaciones de mujeres zapatistas no solo se trataba de un llamado a una realidad política y económica que transformara la comprensión de las mujeres en general y del lugar de las mujeres indígenas en particular. Cada vibración es más bien una puesta en movimiento que reactualiza el campo de posibilidades de la conformación colectiva.

Es precisamente este horizonte, que no se restringe al dominio de la particularidad corporal específica, de una determinada función cumplida por el cuerpo reproductivo, por ejemplo, ligada a una categorización determinada, en donde la narrativa en común se explaya hasta los dispositivos que acompañan. Este horizonte lo vemos nombrarse, reinterpretarse y reencarnarse cada vez que se organizan nuevas alianzas, también in-corporadas, también encarnadas, también habitáculos de una tierra, de un territorio, que se modifica en su hacerse. La colectividad de la que se habla se forma a partir de la relación horizontal, la frecuentación atenta, la camaradería y la solidaridad históricas que escapan al tiempo compartido en el presente. Las experiencias de mujeres que la conforman en el entorno de lucha son abordadas e interpeladas desde su proceso en devenir, como experiencias más complejas que en su propio nombrar se escapan por las aristas de la categoría “mujer”.

Hablar de esta colectividad que se transforma al producirse es darle cabida a la explicitación de una deuda insaldada, porque incluso los movimientos revolucionarios de izquierda, incluso aquellos que plantean la posibilidad de otros mundos posibles, como es el caso del EZLN, llevan consigo un excedente de realidad del que no pueden dar cuenta. Estas mujeres al pie de lucha lo han nombrado en el nosotras. Esta deuda, que parece infinita por insaldada aún, puede cobrar otros sentidos cuando se presta atención a las voces y los cuerpos que dicen fuerte y claro: nosotras estamos aquí y exigimos que se nos reconozca porque no nos hallamos en sus modos de lucha, en sus acuerdos, en su distribución de labores, en las responsabilidades suyas que se nos quieren imponer.

Las mujeres que hablan, se nombran, se organizan y se tejen colectivamente con instrumentos de lucha que no se reducen a las armas, declaran este espacio como propio. Al hacerlo se inventan ya dentro de los

mundos por venir, modos diversos de pensar esos mundos. La reverberación de una materialidad que se transforma con la modificación del entorno, del cuerpo, de los territorios y sus alianzas.

Opera en esta triada, como ahondaremos más adelante, una conformación colectiva funcional no solo cara al propósito de la transformación entendida como un objetivo último —aquí no hablamos de utopías que se presentan desde el exterior de las propias exigencias—, sino que se trata de reactivaciones que se van dando cuando las relaciones se tensan, cuando se busca dar salida a problemas, se modifican las relaciones e interconexiones, se producen acuerdos y, en último término, cuando se busca saldar las cuentas pendientes a partir de acciones organizadas concretas como la creación de un espacio, el arreglo de actividades o la formación de nuevas estructuras que se desprenden de viejos hábitos.

Sí bien no son solo las mujeres indígenas las que han tenido que gestionar e incorporarse a las luchas armadas, a los movimientos revolucionarios o a los procesos de diálogo y construcción de paz, la libre autodeterminación de las mujeres en el contexto de la guerrilla zapatista nos interpela por ser una experiencia de mujeres que conforman colectividad al margen de los procesos institucionales y hegemónicos que la categoría de mujer parece reclamar. Estos otros procesos, que han seguido su propia coherencia, dinámica y articulación, los miramos como procesos de invención de una lucha donde caben otras tantas luchas.

Hemos dicho que no nos interesa determinar qué define a una mujer, las experiencias de las mujeres que han querido ser encasilladas en ciertos registros que pasan por la corporalidad —la menstruación, la maternidad, la labor de cuidados, etcétera—, con el marcaje propio de la construcción genérica, porque se han quedado cortas en la posibilidad imaginativa para formar alianzas más potentes. Y menos nos interesa hablar de experiencias universales de ser mujer, así como siquiera aventurar una definición; más bien nos interesa la confluencia que puede encontrarse en las alianzas que se tejen en el complejo de corporalidades diversas y de narrativas convergentes que establecen un vínculo que va hilando fino, como el tejido entramado del que hablaba María Lugones (2008:80), recuperando una mejor metáfora para la interseccionalidad que la de la propia Crenshaw.

Tejer, como una cuestión “de mujeres” lo es, aunque no se reduzca a ellas, por la enseñanza compartida, por la anécdota colectiva que urde y trama, por

la historia que permanece común y por los instrumentos que exteriorizan e incorporan —hacen cuerpo de otro modo— cada una de las metáforas y expresiones que se comparten. ¿Cómo pensar ese tejido, experiencia colectiva que está en constante hacerse, sin reducir nuestro acercamiento a la literalidad de la experiencia del bordado?

Tecnologías políticas de la memoria

Poco a poco nos introducimos en un terreno que busca hacer puente, es decir mediar, entre las experiencias particulares que no se consuman en la relativización del “cada quien”, del eslogan cercano a la mercadotécnica según el cual “cada cuerpo es un mundo, cada mujer es una historia”, y que termina por desmembrar la posibilidad de un organismo complejo. Se trata de una mediación, y no solo del medio para determinado fin, que pueda movilizarse a través del terreno pantanoso que es la reunión simple de cuerpos similares reunidos alrededor de un concepto unificante.

Apelamos a la experiencia y a todo lo que la convoca: el discurso, la historia en común, el territorio y la sensación de pertenencia y empatía. Todo cabe en la red compleja que se produce más allá de los símbolos, hasta las herramientas concretas con que se ara y labra, se comunica, se moviliza y se trama.

Entramos, entonces, en el terreno de algo que podemos llamar tecnología, o la condición tecnológica desde la que pensar la incorporación de nuevas imágenes, símbolos y funciones, desde las cuales es posible poner atención en la operatividad que hace confluir elementos dispares, heterogéneos, materiales y semióticos.

Cuando nos referimos a la tecnología como una condición, queremos hacer énfasis en la lógica que se organiza siguiendo una sistemática interna y que moviliza la resolución de los conflictos (Simondon, 2013). Esto se encuentra mucho más cerca de la conformación de colectividad motivada por la participación de las mujeres en la lucha, lo que significa también que la tecnología así entendida no tendría que ver con los objetos particulares, herramientas o instrumentos, ni con su uso condicionado, esclavizador o emancipador. Una concepción tecnológica como condición de los procesos colectivos permite, eso esperamos, poner más atención sobre el modo de proceder que hace posible articular una red significativa de objetos, personas, movimientos, territorios, etcétera. La potencia que subyace a una operación

tecnológica análoga a los procesos políticos tiene sentido en el culmen de lo que llamamos la invención.

Es verdad que se puede hablar de la tecnología en relación con los objetos que rodean una circunstancia determinada. Para el caso concreto del que venimos hablando, puede mencionarse la introducción de la producción de video en territorio zapatista, por ejemplo. Este acontecimiento fue pensado como parte fundamental de la misma lucha. Como bien reconoce Makoszay, la conformación de Los Tercios Compas, un cuerpo articulado de registro audiovisual de los eventos realizados en zona zapatista, fue posible gracias a la introducción técnica de distintos registros de video que fueron permeando en la conformación de la organización misma (Makoszay, 2021:6).

Este cuerpo colectivo, disperso en la zona zapatista, encarna la tarea de confrontar la producción masificada de información que tiende a modificar los discursos de la otredad a partir de la identificación hegemónica de lo político entendido a la manera occidental. Pero, mucho más importante, el colectivo parte del proceso organizativo que reivindica los modos en que la acción se conforma de acuerdo con la oralidad y la comunicación comunitaria. No se trata entonces solo del brazo documental de un movimiento, sino que expresa la misma conformación como un proceso en constante cambio (Makoszay, 2021:5).

Lo que presentan Los Tercios Compas es un tipo de documentalidad en la que lo importante está vivo. Lo que se registra deja de ser un archivo de acciones pasadas, enmarcadas y olvidadas, para brotar como memoria futura colectiva. Quita el peso de lo determinado para contagiarlo de imprevisibilidad y va, en fin, proyectando sus modificaciones hacia el porvenir.

Estas posibilidades pueden verse reflejadas en el documental *We are equal: zapatista women speak*, producido por el proyecto colaborativo The Chiapas Media Project/Promedios (2004), que desde 1998 ha colaborado en la gestión de equipo de video y computadoras, así como en la capacitación técnica requerida para operarlas en el territorio zapatista (Rashkin, 2018). Dicho documental expresa y explicita las vivencias y reflexiones de las mujeres en el interior de su propio proceso de lucha, y en él es manifiesto que la perspectiva documental no se entiende solo como un registro de hechos, sino como un diálogo interno y comunal que continúa apelando al fortalecimiento de la propia resistencia.

Como se ve en las secuencias del principio, que muestran cómo varias mujeres marchan a través del río para llegar a la zona donde lavan, el documental en particular es una expresión del camino mismo que las mujeres han transitado y siguen transitando en el ejercicio de su reconocimiento. Más que una representación o puesta en escena de la vida cotidiana, es la vida misma aconteciendo entre el recuerdo, la afirmación presente y el proyecto colectivo realizándose. Incluso el subtítulo, “Las mujeres zapatistas hablan”, es real no solo en cuanto que las mujeres cuentan en su propio idioma su propia historia, sino como cuerpos hablantes que atraviesan y permanecen en la pantalla. Mientras una voz, presumiblemente masculina, canta en español “sabemos que las mujeres tienen derecho a vivir en libertad”, las mujeres en la pantalla continúan con la larga lista de demandas, preocupaciones y sufrimientos, mostrando que el proceso en tensión sigue vigente y que la lucha es una lucha que no solo se da frente a la cámara, no solo en los momentos álgidos de coyuntura, sino que se vive y se encarna cotidianamente.

Por supuesto, no diríamos que el documental ha hecho posible la voz de las mujeres, pero definitivamente ha complejizado, a partir de la interacción, los modos de organización. No es la herramienta concreta, la videocámara o la grabadora, la que posibilita la red significativa, pero esta solo adquiere una extensión o materialización extra que no se reduce al video particular. La voz y la organización de las mujeres ya estaban presentes, pero como una madeja continúan hilándose a partir de las posibilidades de expresión en sincronía con el dispositivo completo (el sistema de grabación, la edición, los registros, etcétera). Más que otro contenido representado en una forma nueva, análoga y digital, lo que hay es una invención concretizada: una nueva historia que va narrándose colectiva y corporalmente. Sí, ha sido posible por la modificación instrumental pero no solo gracias a ello, sino a que diversos regímenes significantes han colisionado para dar una nueva materialidad a una potencia que se venía expresando desde antes. Una memoria, pero también una política.

En dicho documental las mujeres narran su propia historia, su camino recorrido, se expresa el lugar de enunciación que trastoca cada uno de los ámbitos en los que su cuerpo atraviesa. A lo largo del efecto las mujeres cocinan, tejen, bañan a los niños, hablan entre sí con camaradería, y sin embargo la fuerza con la que expresan las modificaciones políticas y sociales de su propia lucha en la conformación colectiva no está limitada al uso y control de tales

técnicas. No es ni la representación del video, ni la representación sobre la representación en el caso de la voz en off de la radio comunitaria que se escucha en la escena cuando las mujeres atraviesan el páramo para llevar leña. Se trata de la función organizativa que se expresa en la Ley Revolucionaria de Mujeres del EZLN, no la forma o formalidad de la ley, sino la información constante transmitiéndose: “en lugar de prohibir... encárgate tú... ayuda” (EZLN, 1993).

Lo que nos interesa del ejercicio de filmación zapatista no es solamente la posibilidad del cine de hacerse arma. Esto ha sido muy explorado y está dado como posibilidad en todo instrumento que se precie de ser tanto útil de expansión de los sentidos o artefacto de construcción, como un arma de detonación de la normalidad. Lo que nos interesa, y no nos cansamos de afirmar, es la red operadora y significante que posibilita. No es que el video se inserte como un instrumento particular, es que el objeto concreto cambia de dimensiones conforme se articula como red amplificante de operaciones y funciones determinadas por el territorio, los cuerpos y los discursos que logran colindarse.

Hablamos de una noción de documento en donde se conforma también un testimonio. Este es el espacio en el que la lucha florece, el cual no solo consiste en registrar las voces nunca antes registradas, ni en comprometerse con un discurso verdadero en contraposición a la imposición hegemónica de los medios de información tradicionales, es decir, monopólicos. Hablamos también de una experiencia sensible, epistémica y política que se transforma conforme se transforman los lazos que colindan en el espacio de presentación, que no de representación a la manera de los discursos modernos sobre la verdad.

Las mujeres cuentan su historia, se pronuncian desde una primera persona colectiva que enuncia, a su vez, no solo el lugar del que vienen, sino el horizonte político de lucha hacia el que se proyectan. Las mujeres no narran su vida en primera persona, narran y construyen un imaginario que las presenta a ellas mismas en el interior de un movimiento de rebeldía y resistencia.

Precisamente porque la historia —narración de vencedores que ponen sobre las hojas sus nombres y sobre las calles sus monumentos— no ha dejado de ser siempre un lugar de disputa, es que importa qué narraciones, qué memorias y qué cuerpos se manifiestan. No son solo los cuerpos atravesados, moribundos o desterrados los que han de ser contados, aunque estos también

perviven en la memoria y modifican la experiencia a cada paso. Importan los modos de narrar de los cuerpos que hablan, que se pronuncian, que eligen la batalla antes que el olvido y el silencio. Desde los procesos independentistas, hasta las revueltas ciudadanas en plenas democracias, la lucha y los procesos de fortalecimiento de la colectividad continúan con ellos, alimentándose de otras formas de habitar la vida.

Ha sido esta violencia heredada la que ha pasado de generación en generación bajo formas como la invisibilización de las experiencias cotidianas, la precarización de la vida, la usurpación del territorio y la naturaleza aledaña para volverla materia prima, el olvido del cuerpo cuando no la extorsión, la intrusión o el vituperio, formas que ahora, como cada vez, hacen eco en el cuerpo. Y, sin embargo, también es fundamental dar cuenta de las modificaciones psíquicas o subjetivas que suceden en la colectividad que llamamos mujeres indígenas en el interior de la guerrilla; la manera en la que ellas mismas reconocen que no son un grupo subordinado a los hombres y que pueden lo mismo que ellos pueden, o incluso más, construir ellas su propia colectividad sin por ello caer en un separatismo inmovilizador.

Podríamos continuar con el documental, así como con cada uno de los pronunciamientos en los que las mujeres han hecho reverberar la importancia de su organización bajo la premisa de una deuda con la historia y con la memoria, pero también con los compañeros de lucha. A este respecto es importante reconocer los aportes que ha hecho Elissa J. Rashkin al mapear el papel de las mujeres zapatistas en el video desde la aparición en televisión de la comandanta Ramona —donde expresa un contundente llamado a la lucha revolucionaria y al lugar de las mujeres en ella—, analizando las múltiples representaciones de la cotidianeidad zapatista realizadas por distintos cineastas (Rashkin, 2018).

Podríamos incluso continuar con una lista detallada de otros de los instrumentos de medición o inspección que tienen las mujeres a la mano en las clínicas comunitarias. Por ejemplo, podríamos hacer un recuento de los mecanismos agroecológicos en los que participan las mujeres en el trabajo del campo, o podríamos continuar, esto se ha hecho muchísimo, con la evaluación de cada una de las determinadas técnicas de elaboración de comida, textiles o artesanías varias.

Volvemos, sin embargo, a preguntarnos: ¿son todas aquellas técnicas e instrumentos concretos potencializadores o catalizadores de la actividad

inventiva que ha servido para la organización?, ¿o son más bien extensiones, exteriorizaciones que han acompañado la posibilidad misma de organizarse y articularse?

Cuando llamamos la atención sobre las condiciones tecnológicas de lucha política, en el sentido amplio que nos ha acompañado, pensamos en esta potencia inventiva que no se encuentra solo del lado de la explicitación de discursos mediante instrumentos o mecanismos específicos, sino en la creación de lazos y redes como lo son, por ejemplo, las comunidades emocionales (Yang, 2021), que permiten socializar los efectos de las violencias ejercidas de manera no morbosa sino con empatía y, más importante, el compromiso político que se encuentra de por medio. Estas son algunas de las estrategias que se piensan a la hora de descolonizar la memoria, las formas de narrar y los mecanismos de justicia no punitiva. Estas estrategias no se mueven en el desarrollo simbólico, sino que sus fines específicos crean y producen más allá de los estados de tensión social, emocional y política, algo que podría ser denominado creatividad epistémica en cuanto moviliza proyectos comunes que conforman colectividades en resistencia.

No podemos sino detenernos a pensar en la inventiva política que ha posibilitado la irrupción de otros encuentros además de los convocados, que ha movilizó las disposiciones de otros frentes de lucha en otros territorios. Desde acá vemos cómo la potencia inventiva se proyecta fuera de sus propias esferas hacia otras articulaciones políticas, lejos de la incorporación a las estructuras funcionales del Estado y a las instituciones desde las que se justifican y legitiman ciertos códigos “masculinistas”, jerárquicos y de poder. Podríamos preguntar si el devenir de una estructura militar a una estructura colectiva es condición suficiente y funcional para que pensemos los modos en que nos interpelan las tecnologías que tenemos a la mano. Mejor aún, si en la conformación de colectividad de la que disponemos tenemos la fuerza inventiva suficiente para encontrarnos a nosotras mismas en otros posibles mundos.

El ejercicio inventivo, no una conclusión sino otro inicio

Reconocer estas distintas dinámicas de luchas nos hace pensar en la necesidad de una reconceptualización que no pase solamente por la enumeración de dinámicas en otras latitudes. Si bien hemos reconocido la importancia de

la categoría de feminismos para nombrar el amplio abanico de las luchas de mujeres a lo largo del territorio que se da en llamar Abya Yala, de las cuales las mujeres zapatistas son un ejemplo muy particular que demuestra una operatividad concreta en el propio territorio y un posicionamiento de lucha política, es insuficiente para dar cuenta de las potencialidades de creación de colectividad. Sigue abierta la pregunta de si la inventiva inherente a la tecnología, entendida como la esbozamos más arriba, puede ser útil para pensar los modos en los que hacemos memoria en conjunto.

La cuestión inventiva llama la atención por cuanto podemos acceder a la idea de estas tecnologías de la memoria, la palabra, la expresión y no la representación, como otros horizontes epistémicos y ontológicos. La inventiva que vemos en los ejercicios de las mujeres para transformar las propias condiciones —en las que la lucha se enuncia en grandes términos como una lucha en contra de la dominación colonialista, capitalista y patriarcal— demuestra otros sentidos de pertenencia, de articulación, que no se quedan solamente en la idea.

La inventiva no es cualquier imaginaria en el sentido en que no depende solamente de las imágenes, mentales o artísticas, que podamos encontrar en las narraciones a las que nos acercamos, o mejor en las narraciones que nos acercan. Tampoco debe entenderse la inventiva como restringida al campo semántico de la innovación técnica, cuyo eslogan de elaboración capitalista es la obsolescencia programada. La inventiva es una potencia política concreta, una modificación real sobre nuestros cuerpos, nuestros territorios, al fin, nuestros espacios de disputa política. La inventiva es esa carga de sentido que responde a los fenómenos del mundo, que en su grandilocuencia nos parecen superar las posibilidades de la acción particular; su potencia de concretización posibilita salir de la unidad funcional del objeto concreto que tenemos a nuestra disposición para encarnarnos hacia el campo amplio de realidades contemporáneas que, incluso como proyección futura que se lucha por actualizar, sobrepasan la resolución de los conflictos particulares y se lanzan hacia el movimiento continuo de transformación política.

Abordamos con ojo especulativo el lugar de las mujeres en la organización guerrillera y dudamos de que la pregunta sobre si estas luchas se articulan desde las condiciones y límites de los feminismos sea una pregunta desviada, casi fallida. La potencia de las articulaciones de las mujeres no se vislumbra, debería ser una obviedad decirlo y, sin embargo, aún se considera importante

hacer la aclaración desde un qué es ser mujer como categoría que deba ser rellenada con adjetivos de algún tipo y que pesan más por todo lo que al final dejan afuera; la potencia de las alianzas entre mujeres en un contexto concreto como es el de la lucha guerrillera, pero también en otros como los acuerdos de paz, las caravanas que buscan personas desaparecidas o las movilizaciones urbanas en contra de los feminicidios, viene con la fuerza inventiva de las narraciones en común, de las tecnologías de la memoria y el lenguaje. La invención permite amplificar las voces, la lucha y los espacios de gestión de nuestros cuerpos y del mundo.

No nos cansaremos de decir que la fuerza inventiva que nos interesa no está dada por la creación de un objeto concreto al cual pensamos que se puede reducir la solución de un problema, o la emancipación total y definitiva de un sistema tan complejo que muta subrepticamente. La fuerza inventiva que nos interesa y que nos identifica y desidentifica en un constante estira y afloja de la tensión a ras de suelo, de la articulación amplia de redes de apoyo, posicionamiento y lucha. Una tecnología, en último término, activista y militante en la que los esfuerzos por la vida confluyen en un sentido profundo cuya actividad es continua y opera a través de los cuerpos y discursos confeccionando alianzas, más que sumándolas a un engranaje.

Contra la idea de tecnología como una maquinaria capitalista, la fuerza inventiva revela la potencia oculta que nos convoca y reúne. Una invención material y simbólica, entonces, que podamos producir para salir del declarado mundo de las categorías que tienen que llenarse; una invención dispuesta a responder desde la base de sus operaciones para concretizar esfuerzos que muten las estructuras que dominan. Una invención, finalmente, fruto de la tensión y del peligro, pero que nos proyecte en vías de salvación.

Referencias

- Aguilar, Yásnaya Elena (2019). "La sangre, la lengua y el apellido. Mujeres indígenas y estados nacionales". S.p.i. Disponible en: <http://www.catedrainterculturalidad.cucsh.udg.mx/sites/default/files/Mujeres%20indi%CC%81genas.pdf>
- Carrera Maldonado, Beatriz y Zara Ruiz Romero (eds.) (2016). *Abya Yala Wawgeykuna. Artes, saberes y vivencias de indígenas americanos*. Sevilla: Acer-VOS.

- Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General de Ejército Zapatista de Liberación Nacional (CCRI-CGEZLN) (1996). *Cuarta declaración de la selva lacandona*, México: CCRI-CGEZLN. Disponible en: <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/1996/01/01/cuarta-declaracion-de-la-selva-lacandona/>
- Crenshaw, Kimberlé (1991). "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color". En *Stanford Law Review*, vol. 43, núm. 6, pp. 1241-1299. DOI: <https://doi.org/10.2307/1229039>
- Curiel, Ochy (2015). "Construyendo metodologías feministas desde el feminismo descolonial". En Irantzu Mendia Azkue, Marta Luxán, Matxalen Legarreta, Gloria Guzmán, Iker Zrieion y Jokim Azpiazu Carballo (eds), *Otras formas de (re)conocer: reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*. Bilbao: Hegoa, Universidad del País Vasco, pp. 45-60. Disponible en: https://publicaciones.hegoa.ehu.es/uploads/pdfs/269/Otras_formas_de_reconocer.pdf?1488539836
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) (1993). "Ley Revolucionaria de Mujeres". En *El Despertador Mexicano, Órgano Informativo del EZLN*, 1 de diciembre. Disponible en: <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/1993/12/31/ley-revolucionaria-de-mujeres/#:~:text=%2D%20Las%20mujeres%2C%20sin%20importar%20su,y%20recibir%20un%20salario%20justo>
- Espinosa, Yuderlys (2016). "¿Por qué es necesario un feminismo descolonial: diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de identidad?". En *Solar*, año 12, vol. 12, núm. 1, pp. 141-171. DOI: [10.20939/solar.2016.12.0109](https://doi.org/10.20939/solar.2016.12.0109)
- González Casanova, Pablo (2009). "Los 'Caracoles' zapatistas: redes de resistencia y autonomía (ensayo de interpretación)". En *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*. Bogotá: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/coedicion/casanova/>
- Guzmán, Adriana (2019). *Descolonizar la memoria, descolonizar los feminismos*. La Paz, Bolivia: Editorial Tarpuna Muya.
- Lagarde, Marcela (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lugones, María (2008). "Colonialidad y género". En *Tabula Rasa*, núm. 9, pp. 73-101. Disponible en: <https://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>

- Makoszay Mayén, Eduardo (2021). “El pilar de la autonomía, Los tercios compas y el cine zapatista”. En *Revista de Antropología Visual*, núm. 29, pp. 1-16. Disponible en: <http://www.antropologiavisual.cl/numero-actual/articulos/el-pilar-de-la-autonomia-los-tercios-compas-y-el-cine-zapatista>
- Marcos, Sylvia (2010). *Cruzando fronteras: Mujeres indígenas y feminismos abajo y a la izquierda*. México: CIDECI-Universidad de la Tierra, Chiapas.
- Mora, Mariana (2011). “La autonomía indígena y la mujer zapatista frente al legado del mestizaje”. En Marco Aparicio Wilhelmi (ed.), *Contracorrientes. Apuntes sobre igualdad, diferencia y derechos*. España: Documenta Universitaria, España, pp. 39-56.
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes (2019). “Nosotras ya estábamos muertas: Comandanta Ramona y otras insurgentas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional”. En *Trayectorias Humanas Trascontinentales*, núm. 6, pp. 66-79. DOI: <https://doi.org/10.25965/trahs.1881>
- Rashkin Elissa (2018). “Mujeres zapatistas y producción videográfica en Chiapas”. En *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, núm. 12, pp. 155-174. DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.12.12350>
- Simondon, Gilbert (2013). *Imaginación e invención*. Buenos Aires: Cactus.
- The Chiapas Media Project/Promedios (2004). *We are equal: zapatista women speak*. Disponible en: <https://vimeo.com/45615382>
- Yang, Emilia (2021). “AMA y No Olvida. Museo de la Memoria contra la Impunidad. Testimonio participativo, comunidades emocionales, feminismo y descolonizar la memoria: a través de los espacios, cuerpos, medios y objetos”. Presentación en el *Seminario Feminismos Memoria y Resistencia*, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, agosto. Disponible en: <https://youtu.be/9Q-UrAV8LHQ>